

*¿Qué vale que la selva implique su ramaje
ni que el abrojo a nuestros pies se enrede?;
si la conciencia es recta y sereno el coraje,
la muerte poco importa y el diablo nada puede.*

*Con arnés de desdenes revestido,
¡oh, quién fuera en la vida igual que el caballero
que con buril, de fiebre encandecido,
en esta plancha eternizó Durero!*

MANUEL DE GONGORA.

Henri Bergson

— I —

Quizá no sea aventurado decir que Henri Bergson es, en la actualidad, el más grande y el más original de los filósofos. No negamos la prodigiosa iluminación filosófica que brota del cerebro de Abel Rey, ilustre profesor de la Sorbona, pero creemos que es de más honda trascendencia y está más tatuada de originalidad la filosofía idealista de Bergson que la positivista de Abel Rey; no desconocemos la obra piramidal de Einstein, pero éste más que filósofo es científico, y todos conocemos la diferencia que hay entre la filosofía y la ciencia; apreciamos profundamente la labor gigantesca y fecunda del Conde Keyserling, pero éste es más sociólogo que filósofo; y así, sucesivamente, podríamos hacer análogas argumentaciones respecto de esa constelación luminosa de sabios que ostenta la actual cultura occidentalista (Berdiaeff, Spengler, Le Bon, Messer, Ribot, Janet, etc.). Bergson es, hoy por hoy, el Himalaya entre los filósofos actuales. Encarna la reacción del momento presente contra el positivismo que nació, en el siglo pasado, con Augusto Comte. El positivismo es, en la realidad ac-

tual, un crepúsculo que agoniza; vivimos un período de transición; asistimos a la nueva aurora del espiritualismo remozado. En ese movimiento espiritualista que se acentúa cada día más y más en todo el mundo, y notoriamente en Europa, han influido, entre otros muchos factores, la guerra europea y la última crisis; éstas engendraron la angustia, y la angustia es una flecha que, muchas veces, enrumba hacia el misticismo. Esta nueva gestación idealista se explica fácilmente por la ley del ritmo, que formulara Roberto Ardigó, o sea, que a una acción corresponde una reacción; las sociedades son un péndulo que oscila entre extremos. Este fenómeno sociológico de acción y reacción me lo explico igualmente por lo que yo llamo "la ley del aburrimiento": la humanidad, como un trapecio siempre móvil, se balancea de un lado a otro, de una tendencia ideológica a otra, porque se fastidia del estancamiento, y por lo mismo no lo tolera.

¿Cuál ha sido el cerebro capaz de sistematizar esta tendencia presente de reacción idealista contra el positivismo del siglo pasado? ¿Quién lleva, triunfante, empuñada, la tea de luz de la nueva ideología? El lector fácilmente lo adivina: Bergson, ese foco de irradiaciones cerebrales que alumbró profusamente toda una época. No queremos con lo anterior decir que la humanidad actual sea bergsoniana, porque, en realidad, es un número relativamente pequeño el que ha profundizado en la médula doctrinal de Bergson, y porque todavía el materialismo y el positivismo arrastran larga cauda de adeptos. Pero es lo cierto que Bergson ha sido el punto hacia el cual han convergido, más intensamente, las tendencias espiritualistas e idealistas de la hora presente, y la floración humana, más perfecta y sólida, de las mismas.

Nació Henri Bergson el 18 de octubre de 1859, en París. Su ascendencia es polaca, pero una vez que fue mayor de edad se nacionalizó en Francia. El medio ambiente en que ha vivido —ambiente netamente francés— ha contribuido a darle una contextura espiritual francesa. Posee un gran espíritu filosófico-científico, una prodigiosa finura intelectual y una solidez ideológica de basalto. Como Pitá-

goras, Descartes, Pascal, Leibnitz, es dueño de un talento fácil para las matemáticas; así se explica que, en 1877, en el Instituto Springer, hubiera obtenido el primer premio de matemáticas. A pesar de esto, prefirió rebustecer sus actividades filosóficas y se dedicó a profundizar lo que Platón llamara el estudio de lo invisible.

— I I —

Toda doctrina filosófica presupone un método, que viene a ser como la puerta de entrada de todo edificio ideológico. El método en un sistema filosófico, es la lámpara de Aladino, con que se pueden encontrar sus tesoros latentes. De aquí la importancia del método socrático, aristotélico, cartesiano, kantiano, para comprender a cabalidad la obra filosófica de sus respectivos creadores. Cuando un pensador verdaderamente original, se levanta, como revolucionario integral, en el campo de la filosofía, es preciso que se construya un método que sea como un puente de lógica, por donde pasen triunfantes sus respectivas concepciones. Esto nos explica la razón de que Bergson —filósofo profundamente revolucionario— se haya fabricado un método *sui generis*, del cual no tenía antes la menor noción la metodología. Para mí, en Bergson, lo más original y grandioso es su método; lo demás no es sino una secuela casi fatal de éste. De aquí que en este trabajo, el cual, dicho sea de paso, no tiene la pretensión de exponer completamente las teorías bergsonianas, sino simplemente dar de ellas una idea global, de conjunc, daremos preferencia al estudio del método de Bergson, extendiéndonos en su análisis lo más que nos permita la índole de este trabajo necesariamente sucinto.

Cuál es la importancia valorativa que tiene la conexión entre lo físico y lo moral, o en otros términos, cuál es el valor rigurosamente técnico que hay en la relación entre lo objetivo y lo subjetivo? Para responder a este interrogante, que brotaba imperioso del fondo de su conciencia, Bergson resuelve estudiarlo a la luz de la fisiología y de la patología, es decir, se coloca en un terreno estrictamente científico, y después de hondas meditaciones descubre que el problema hay que reducirlo a la esfera de la memo-

ria, dando, dentro de esta esfera, para su mayor comprensión, preferencia a la memoria del sonido de las palabras. De esta manera, descubre que “nosotros nos expresamos necesariamente mediante palabras, y pensamos muy a menudo en el espacio”. Aclaremos ésto. El hombre ha nacido para la acción, por lo cual tiende siempre a obrar y a pensar en el sentido de lo útil. Por eso el lenguaje nos conduce a establecer en nuestras ideas, las distinciones, las diferenciaciones, que vemos en el mundo objetivo, espacial; tratamos siempre de “yuxtaponer en el espacio los fenómenos que no ocupan espacio”, para lo cual revestimos, disfrazamos la realidad pura y trascendente con groseras imágenes, o sea, que le damos a las cosas un contorno ficticio, que *en sí* no tienen, para poder apreciarlas con mayor comodidad y utilidad, pero no con rigurosa exactitud; esto se explica fácilmente por la ley del menor esfuerzo. Como consecuencia de lo anterior, se deduce, sin mayor esfuerzo, que la causa de que no podamos captar la realidad en su aspecto morfológico más puro, se debe a la tendencia —que ha llegado a ser casi innata en nosotros— a mixtificar las cosas, las realidades puras, yuxtaponiéndoles groseras imágenes, que satisfacen nuestra tendencia a lo útil, pero no nuestra ansia metafísica de verdad.

Si queremos descubrir la naturaleza real de las cosas, urge ponernos en comunicación íntima, directa, ingenua y *simpática* con ellas, traspasando la valla sensorial e intelectual de los símbolos figurativos; así descubriremos el ritmo íntimo del universo, su armonía secreta, que se recata tras ilusorios cortinajes. Para esto es preciso realizar, en nosotros, una verdadera reforma depurativa en nuestra manera de percibir, de pensar; pues, al obrar, seguimos la trayectoria de lo útil, y, como consecuencia lógica de esto, todas nuestras ideas, todas nuestras percepciones, están deformadas por la marca de la utilidad, y la noción que nos formamos de las cosas, del cosmos, es errada. Nuestras *nociones* son, en realidad, *prejuicios* que obstaculizan el pensamiento del filósofo que quiera encontrar la verdad pura, esterilizada; de lo anterior se deduce que es preciso efectuar una transformación, una depuración en nuestra ma-

nera de percibir y en nuestra manera de pensar. El sentido común, sobre el cual, en cierto modo, se ha edificado hasta ahora toda la filosofía, es fuente de errores, no es *absolutamente* un criterio de verdad. Sin embargo, sí lo es *parcialmente*, y en la misma medida lo son nuestras percepciones. Percibir una cosa, no es percibir *toda* la realidad de la cosa, pero sí es percibir *algo* de ella; en nuestras percepciones, comunes, groseras, ilusorias, hay un abstracto, un sedimento de percepción pura; así, pues, en nuestra concepción del mundo hay mucho de erróneo, pero también hay *algo* de cierto, ya que ella encierra un conjunto de percepciones puras, verdaderas. Por eso el filósofo, que quiera introducirse en las entrañas de la realidad, que desee hundirse en la genuina verdad del "yo", ha de buscar y pulir en nuestra percepción común el dato puro, cierto, ingenuo, para de esa manera llegar a tener una concepción real del universo. Hay que retornar a la intuición primera, a la contemplación simple y candorosa, en que el hombre captaba las cosas en una forma más pura, porque estaba más exento de prejuicios; hay que retorcerle el cuello a la utilidad, que ciega el pensamiento y tiende a hundirlo, en el sentido de la acción, en lugar de encarrillarlo en dirección a la verdad genuinamente metafísica. He aquí, pues, una nueva forma de pensar y sentir en que filosofar, como lo anota atinadamente Edouard Le Roy, es revivir lo inmediato e interpretar luego a su luz nuestra ciencia racional y nuestra percepción común.

¿Qué es lo real? Es esa fugacidad perenne que constituye la naturaleza misma del mundo, ese devenir intrínseco del ser o no ser, ese paso triunfador y trascendente del espíritu, de la libertad, sobre la materia y a pesar de ella, esa vibración ultrasensorial que recorre la extensión en el tiempo, ese conjunto cualitativo matizado de trepidaciones que, en escala levemente ascendente y descendente, se encuentra en nuestras percepciones comunes. Nuestra conciencia utilizaria y golosa se posa, deformándola de cuando en cuando sobre esa tela cecosa de propiedades sensibles y va modelando lo que constituye nuestro mundo, en el cual obramos, pensamos y sentimos, pues, como dice Bergson,

"nuestras necesidades son haces luminosos que, concentrados en la continuidad de las cualidades sensibles, dibujan en ellas cuerpos distintos". "Los contornos distintos que atribuimos a un objeto —dice el mismo Bergson—, y que le confieren su individualidad, no son más que el dibujo de determinado género de *influencia* que podríamos ejercer en determinado punto del espacio; cuando descubrimos las superficies y las aristas de las cosas, el plano de nuestras acciones eventuales parece restituído a nuestros ojos, como por un espejo. Suprimid esta acción, y por consiguiendo, las grandes rutas que ella abre de antemano por la percepción en la confusión de lo real; la individualidad del cuerpo se reabsorbe en la universal integración que es sin duda la realidad misma".

El filósofo debe internarse en el corazón de las cosas, debe ponerse en contacto inmediato con la realidad, mediante un esfuerzo de *simpatía con ella*, teniendo siempre presente que no todo lo que es percibido por nuestros sentidos, por nuestro encéfalo, es todo lo real, sino una parte de lo real. Pero, ¿cómo realizar prácticamente todo esto? Depurando el espíritu de los viejos conceptos, erróneos, por cuanto no se han forjado para la especulación pura, sino con miras a la acción, a lo útil, a lo exclusivamente práctico. De ahí que, hasta ahora, la labor *genuinamente intelectual* de la filosofía haya sido poco menos que estéril; en cambio, ha sido pródiga en sugerir normas de vivir, en sistematizar nuestros conceptos, surgidos de nuestra necesidad de obrar. Siguiendo las paralelas de esta lógica, opinamos que, a este respecto, las teorías filosóficas que mejor han desempeñado su misión *práctica* son las llamadas materialistas, utilitarias, etc. Las otras teorías, especialmente las idealistas, las espiritualistas, han tenido, en cambio, la virtud de una lógica levemente especulativa, o sea, menos práctica, menos útil. Es preciso ponerse en contacto con el alma de las cosas, con lo que tienen de filosóficamente cierto, en fin, con su íntima realidad. Para realizar esta labor se necesita, ante todo, desconfiar de los conceptos comunes, los cuales sirven admirablemente para encauzar el pensamiento hacia el polo de lo útil, pero no hacia el

escopo de lo puramente real, ya que ellos nos dan una idea estática de las cosas y la realidad es un fluir de movimientos, un vertiginoso río donde se reflejan mágicamente los paisajes del cosmos. En efecto, los conceptos comunes expresan un conjunto de generalidades momificadas, pero no nos dicen nada de ese *algo* que hay en las cosas, que se encuentra involucrado y como perdido en la red de la experiencia sensorial, y que constituye, dentro del marco de la teoría bergsoniana, la suprema verdad del universo. Los conceptos son productos de lo inmóvil y de lo ilusorio, ya que teniendo ellos por fin primordial el desempeñar una función eminentemente práctica, tienden, naturalmente, a petrificar en imágenes, que sean útiles al obrar, el devenir, rápido y fugaz: los conceptos son los ritos de maya.

Pero no basta *sentir* la realidad; hay que expresarla para hacer fructífero el trabajo del pensador. Hay que traducirla, para formar, mediante la experiencia *íntima* de todos, una nueva filosofía, la verdadera filosofía, cuyo objetivo principal es, no la simple realidad sensorial sino la *verdad pura*, que hasta ahora ha sido una doncella, virgen de las caricias embrujadoras de los donjuanes de realidades. Mas, ¿cómo traducir esa realidad esterilizada? Echando a un lado los viejos conceptos, y creando *nuevas formas de expresión*, nuevos conceptos, nuevos valores. Ellas son las únicas que logran sugerir *lo inmediato*, el espíritu de las cosas. Hay que escoger para este efecto cuidadosamente las metáforas, procurando que sean múltiples y diversas, para que ninguna de ellas esclavice al espíritu, impidiéndole así llegar al corazón de lo real. De aquí que el arte que se nutre de símbolos, esté más cerca de la filosofía que de la ciencia, sistematización de conceptos comunes. El poeta que se queda embelesado, contemplando las visiones fantasmagóricas de su teatro interior, está más enlazado a la verdad cósmica, que el químico que se concentra en los experimentos que verifica en su retorta. Bergson ha arrojado, con gesto religioso, nuevos laureles a los pies del arte.

— I I I —

Hemos expuesto, esquemáticamente, el método de Bergson. Sólo nos resta dar una idea generalísima de su doctrina, la cual es una secuela casi fatal de aquél.

¿Cómo aplicar fructuosamente el método bergsoniano, una vez conocido? ¿Cuál es el sendero más corto y más eficaz que debe seguir este método, para obtener satisfactorios resultados? La respuesta salta ágil, como un acróbata, si se piensa que el foco de vida más inmediato que tenemos es nuestro propio "yo". En el propio "yo" está el venero inmediato de la realidad; luego si queremos captar fácilmente lo inmediato, lo real, utilizando el método susodicho, precisa aplicarlo primeramente a nuestra experiencia interna. Para ello debemos quedar desnudos de prejuicios, de conceptos comunes (tales como los conceptos de espacio y de número, productos de nuestra tendencia hacia la utilidad), so pena de realizar una labor estéril, en sentido puramente filosófico. De esta manera nuestra experiencia interna nos viene a demostrar que, en nuestro yo íntimo, hay una suprema realidad; esa realidad es el *tiempo*. En efecto, nuestras percepciones internas se presentan bajo los ropajes de la intensidad y de la duración, es decir, se muestran a nosotros como esencialmente *temporales*.

Si pasamos al mundo de lo objetivo, observamos que todo sér viviente es un organismo, que cambia, que deviene, que es dinámico y no inmóvil y estático. Cada nueva transformación implica estados anteriores; cada nuevo estado tiene *memoria* de los estados pasados. La característica de ellos es el devenir y no el sér; ellos son un río fugaz que va de lo pretérito a lo presente, y de lo presente a lo futuro, es decir, son también *temporales*. Como dice Le Roy, "el sér viviente se carga de su pasado, hace bola de nieve consigo mismo, se abre en él un registro en el que se inscribe el tiempo". Así el tiempo viene a ser una suprema realidad en el manar constante del mundo orgánico, viviente; la duración es lo supremamente real dentro de la viñeta del existir.

El panorama cósmico implica una lucha perpetua entre la materia y la energía. La materia es un óbice al desarrollo impetuoso de la vida, pero ésta, que es energía, actividad, libertad, va triunfando en el tiempo y en el espacio, sobre lo corporal, lo material. Cada sér es un resultado del pasado; representa un aspecto de la lucha universal entre lo corporal y lo energético. "El animal toma su punto de apoyo en la planta, el hombre cabalga sobre la animalidad, y la humanidad entera, en el tiempo y en el espacio, es un inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros, en una carga arrebatadora, capaz de derribar todas las resistencias y de saltar muchos obstáculos, hasta quizá el de la muerte". (Bergson).

La vida representa lo activo, la materia lo inerte, lo muerto; pero existe un impulso vital que orienta al universo hacia *nuevas creaciones*, nuevas formas de organización de la materia. Así se explica el sucesivo triunfo de la vida sobre la materia, en los mundos vegetal, animal y humano. El hombre es, pues, en la hora presente, el laurel más precioso que ha conquistado el ritmo vital, en el perpetuo combate con lo corpóreo. Pero el hombre actual no es la meta de esta pugna cósmica; falta todavía un largo camino de espiritualización, de renovadas afirmaciones de libertad, actividad, vida. Bergson, como se ve, es evolucionista, pero evolucionista a su manera, pues ha amoldado la hipótesis de la evolución a su concepción integral del desarrollo cósmico.

La filosofía de Bergson tiene la maciza elegancia de los obeliscos; es como un bombón para la boca de la estética, porque Henri Bergson, que es un sacerdote de los símbolos, ha tenido la rara virtud de hermanar lo filosófico y lo estético. Como los ríos, sus teorías recatan en su interior la fuerza, y ostentan externamente una sonrisa de imágenes y de música.

MAURICIO RAFAEL BUITRAGO.